

CON **UN PIE**
EN EL
ABISMO
LUKE ARNOLD

Traducción: Federico Cristante



Levántate.

Mierda, levántate, Fetch.

Levanta el culo de la cama y ve a arreglar el mundo, cojones.

Eso es lo que dijiste que harías, ¿no es así? ¿No lo mataste por eso?

Pues ponte a trabajar. Recupera la magia, estúpido desgraciado. ¡Haz algo bueno como dijiste que harías y levanta el culo de la puta cama!

¡Clang!

En la planta baja, algo de metal chocó con metal y el sonido resonó hasta el quinto piso. Era un tazón de peltre golpeando la escalera exterior: el método de Georgio para atraer mi atención sin tener que pagar el precio de una llamada telefónica.

¡Clang!

Me restregué las pesadillas residuales de los ojos, me obligué a levantarme de entre las sábanas e ir hasta la puerta de Ángel. La llave estaba en la cerradura. La giré y salí a la escalera de incendios; aquellas monstruosidades de metal habían sido atornilladas al frente de cada edificio de la calle Principal por cortesía de Niles y Cía. y su rediseño de Sunder City, que abarcaba toda la ciudad.

Día a día, Sunder se veía un poco distinta. No era solo la pintura nueva o los carteles de neón. Ni los caminos pavimentados que se

hacían para que pudieran circular los automóviles, cada vez más numerosos, ni los uniformes idénticos que estrangulaban a los obreros roñosos, que parecían fusionarse en una mezcla amorfa de grasa, cerveza y obediencia. Era algo más que las armas de fuego fabricadas en cadena y que colgaban de las caderas de policías, criminales y cualquier persona que pudiera pagarlas.

Su alma había cambiado. Sus olores y sonidos. La forma en que se movía. Ante cada tajada que Niles y Cía. se llevaba de Sunder, se tornaba cada vez más difícil aferrarse a los recuerdos de sus días de gloria llenos de magia.

Bajé la escalera dando pisotones en cada peldaño, a la espera del día en que finalmente los fuera a atravesar.

—¡Fetch! ¡Mira!

El anciano dueño del café esperaba en la calle con su sonrisa siempre presente, su espalda encorvada y una lustrosa placa de metal en sus manos antiquísimas.

—¿Qué sucede, Georgio?

Me entregó el trozo de metal. En la parte delantera estaban grabadas las siguientes palabras:

**FETCH PHILLIPS: HOMBRE A SUELDO
¡RECUPERANDO LA MAGIA!
PREGUNTE EN EL CAFÉ DE GEORGIO.**

Contuve la oleada de suspiros y ojos en blanco que intentó coparme el rostro.

—¿Qué es esto?

—¡Un cartel! Si viene gente en busca de tu ayuda, pero resulta que has salido para investigar y tener aventuras y encontrar pistas, ¡vendrán a verme a mí! ¡Yo recibiré la información que tengan y tú los podrás llamar cuando regreses!

Georgio blandía su sonrisa como una lanza, lo suficientemente puntiaguda para atravesar hasta mi temperamento cabrón. Técnicamente, sus días de gloria como Gorgoramus Ottallus, pacifista y consejero de aventureros rebeldes, habían quedado atrás, pero aún se las arreglaba para ofrecer su considerable sabiduría de antaño por

encima de platos de tocino grasiento y huevos cada vez más comestibles. Al principio le había seguido la corriente, pero desde entonces había aprendido a valorar su perspicacia, y me encontraba peligrosamente cerca de contar con él como amigo.

El sobrino de Georgio, Gerome, salió del lugar y me ofreció una taza de café. Un par de sorbos les devolvieron algo de vida a mis ojos y le brindaron un tono más tolerante a mi voz.

—Gracias por el cartel, Georgio. Te agradezco el detalle. Aunque yo habría preferido que no le pusieras los signos de exclamación.

—¡No! ¡De eso se trata! ¡Debe tener entusiasmo! Basta de hablar, hablar, hablar.

Se rio, y yo me tuve que reír también. Georgio se había pasado muchas horas oyéndome quejarme acerca de todo lo que se necesitaba hacer y de lo duro que tendría que trabajar para hacerlo. También me había visto beber en exceso, dormir hasta demasiado tarde y arrastrar los pies por la acera en lugar de correr hacia la acción. Tenía razón. No había tiempo para las excusas. Ya no. Ya no más días perdidos o intentos a medias de cambiar las cosas. Si Hendricks había muerto para que esta ciudad, nuestro mundo sin magia y este completo imbécil tuvieran la oportunidad de convertirse en algo mejor, necesitaba pasarme cada momento de mi tiempo esforzándome por hacerlo realidad.

—Trae un taladro y lo colocamos —le dije.

Atornillamos la placa en la pared de piedra a medio camino entre la puerta giratoria de mi edificio y la entrada al café. Quedaba bien, incluso con los exaltados signos de puntuación.

Georgio, Gerome y yo retrocedimos para admirar el cartel, tomando más café y haciendo todo lo que podíamos por creer que unas pocas palabras grabadas en un trozo de metal podrían marcar la más mínima diferencia.

Pero así fue.

Llevó un tiempo, por supuesto. El cambio no sucede en línea recta; es una serie de círculos. La mayoría de las veces, crees que avanzas, pero terminas exactamente donde comenzaste. A menos que realmente te esfuerces. Entonces, cuando terminas de recorrer el círculo, te encuentras en un lugar que está algunos centímetros

por delante de donde comenzaste. Entonces, recorres otro círculo, y si sigues esforzándote, ese círculo también termina un poco más adelante.

Eso es a lo máximo que puedes aspirar, esa es la ambición que necesitas tener. Si en cada recorrido has aprendido algo, por pequeño que sea, puede que un día te despiertes y te encuentres haciendo lo que siempre dijiste que ibas a hacer.

Y es entonces cuando realmente estás en un buen lío.

Capítulo Uno

—**V**amos, colega. Sé un héroe.
El ogro mendigo me sacaba una cabeza y era el doble de ancho que yo. Era de mandíbula fuerte, pero tenía nublado el ojo izquierdo, por lo que probablemente no viera muy bien de ese lado. Si tenía que golpearlo, le apuntaría ahí.

—No —dije, pero era una palabra que le habían dicho ya muchas veces; se había vuelto inmune a sus efectos.

Me agitó su lata de aluminio en el rostro y contuve las ganas de arrancársela de los dedos de un manotazo.

—Solo un par de monedas, amigo. Para el desfile. ¡Año del Fénix!

Lo anunció en voz alta, como si yo no le hubiera oído dar el mismo discurso en todas las demás mesas del Pan del Mendigo, el comedor gratuito para aquellos que no estaban haciendo una fortuna en el reciente auge de la ciudad. El ogro había pasado de asiento en asiento alrededor del tranvía de Sunder, y me había dejado a mí para lo último. Tal vez había visto mi expresión de desprecio cada vez que decía lo del Año del Fénix: un título extravagante y estúpido para celebrar el aniversario de cuando Niles y Cía. hicieron regresar las llamas a Sunder City.

—No tengo dinero —le dije.

El sujeto resopló, y el falso tono amistoso desapareció de su voz.

—Estás comiendo gratis, amigo. Lo mínimo que puedes hacer es soltar unas monedas.

—Vuelve a pedírmelo y lo que te soltaré serán los dientes.

El ogro ensanchó las fosas nasales; tenía la cabeza tan vacía como me había imaginado. Dentro del bolsillo, metí los dedos en mi manopla metálica.

—¿Quieres un héroe? —le pregunté mientras llevaba el peso hacia delante—. Aquí tienes un puto héroe.

—¡Hermanos! —Una voz tranquilizadora nos interrumpió—. Ambos sabéis que no hay condiciones para recibir un plato en el Pan del Mendigo.

El ogro y yo nos volvimos; allí estaba el hermano Benjamin, uno de los monjes alados que cocinaba y servía alimentos en el viejo tranvía, esperando con un plato de cartón en cada mano. Al igual que los demás hermanos Son, llevaba el cabello con un corte de tazon para nada favorecedor y usaba una túnica parda con capucha y con agujeros en la espalda por donde pasaba sus alas sin plumas.

—Aquí tenéis. Os puse salchichas extra porque hoy la fortuna fue generosa con nosotros.

El ogro desplazó la mirada de mi rostro a su comida gratuita, y su estómago finalmente ganó. Se llevó su porción de pan a una mesa desde donde otro mendigo mugroso, un gnomo, me miraba fijamente con una desagradable sonrisa de satisfacción. Estaba a punto de preguntarle cuál era su problema, pero Benjamin se sentó frente a mí y me colocó el segundo plato debajo de la nariz.

—Come, hermano Phillips. Me da la sensación de que es tu primera comida del día.

No se equivocaba. Habían pasado siete años desde la Coda. Cuando la magia abandonó el mundo, conseguí mucho trabajo ayudando a adaptarse al cambio a aquellas criaturas que estaban teniendo problemas. En general, no había logrado un gran cambio, pero ganaba lo suficiente para mantenerme. Durante los últimos meses, cada vez más sunderianos se habían entregado a una existencia sin magia, por lo que había menos clientes interesados en contratar mis servicios. No me molestaba. Había recogido suficientes cabos sueltos y rumores tentadores para mantener las investigaciones activas en mi tiempo libre, pero resultaba más fácil cuando era otra persona la que suministraba los fondos.

Por suerte para mí, los hermanos Son no habían cambiado con

los tiempos. Cada noche, sin excepción, servían comida gratis a cualquiera que la pidiera, y yo me había vuelto su más fiel comensal.

Me llevé a la boca un bocado del pan frito (hecho con sobras de restaurantes y harina de hierbas) y le agradecí al hermano Benjamin su acto de caridad. Como siempre, desestimó mis palabras con un gesto.

—Todas las noches te digo que no tienes por qué agradecermelo.

—Y todas las noches te digo que lo haré de todas maneras. Pero ¿te puedo pedir tu opinión acerca de algo? —El monje asintió con la cabeza, en un gesto de sabiduría, y yo abrí la pequeña libreta con cubiertas de cuero que había comenzado a llevar siempre encima—. Están desapareciendo cosas por la ciudad: artefactos que fueron mágicos, pero que todos pensábamos que habían perdido su chispa. —Fui pasando las páginas, ostentando mis ilustraciones de aficionado de varitas antiguas, adornos con incrustaciones y otras chucherías poco comunes—. Si alguien está juntando todas estas cosas, tal vez sepa algo que nosotros no sabemos. Durante las últimas semanas desaparecieron decenas de objetos. Algunos incluso fueron robados de las exposiciones del museo. Pocas veces se ha visto a los ladrones, pero hubo tres informes: un adolescente reptil de escamas rojas, un caballero hombre gato de avanzada edad y un hechicero de patillas largas. Yo creo que se trata de una especie de colectivo: una pandilla de ladrones que trabajan juntos para robar tesoros exmágicos. —Busqué la página donde había hecho el boceto de los criminales, basado en el relato de los testigos—. ¿Has visto que haya venido alguien así últimamente?

La sonrisa de Benjamin se tensó, y sus ojos adoptaron una expresión pesarosa y paternalista.

—Mira a tu alrededor, hermano. El Pan del Mendigo recoge a los más necesitados y a los más incomprendidos de Sunder City; a aquellos que están intentando volver a ponerse de pie, y también a aquellos que tal vez nunca lo logren. Aquí no juzgamos. No hacemos preguntas. La policía deja este lugar en paz para que cualquiera, sin importar su situación, pueda recibir nuestras ofrendas sin temor.

—Sí, pero yo no soy policía. —Benjamin enarcó una ceja inquisitiva—. ¿Qué? Es verdad.

—Pero se sabe que trabajas junto a ellos. Compartes información. De todos modos, no importa. Sea un oficial de policía, un recaudador de deudas, un familiar que se ha distanciado o un investigador demasiado entusiasta, no me corresponde brindar información sobre ninguno de nuestros comensales. El pan debe darse sin condiciones, so pena de que nuestra operación se vea perjudicada.

—Benjamin, esto es importante. No estoy intentando arrestar ni meter en problemas a nadie; solo quiero saber qué es lo que saben. Si esas cosas son mágicas, ¡tal vez sean la clave para arreglarlo todo!

Benjamin se puso de pie.

—Entonces, espero que los encuentres, hermano Phillips. Hasta ese momento,, disfruta tu comida, pero, por favor, respeta la privacidad de los demás comensales del mismo modo en que yo siempre respeté la tuya.

Estaba a punto de preguntar quién se habría molestado en preguntar sobre mí, pero me llamó la atención la mesa donde los dos mendigos esperaban. Observaban. El gnomo le estaba hablando al ogro, que me miraba con su ojo sano. Me dio la extraña sensación de que estaban conversando sobre alguna parte de mi historia y me pregunté de qué capítulo podría tratarse. ¿Sería aquel en el que desertaba de la alianza mágica conocida como el Opus para unirme al Ejército Humano? ¿O el hecho de que esa traición condujo a la invasión que convirtió el río mágico sagrado en cristal y mató toda la magia que había en el mundo? Tal vez hablaban de cuando encontré un vampiro mutado en el sótano de una biblioteca, o quizás el gnomo le estaba relatando la vez en que me alié con la policía para aplastar una revolución violenta, lo que permitió que los matones de Niles y Cía. tomaran la ciudad sin resistencia alguna.

No sé qué historia era, pero al ogro no le gustó. Se estaba preparando para un enfrentamiento, y no era una buena idea dejarlo que hiciese el primer movimiento. Eché mi asiento hacia atrás y me preparé para saltar sobre la mesa.

—Estás aquí.

La mirada iracunda de mis vecinos chismosos fue interrumpida por el rostro, mucho más agradable, de Eileen Tide: bibliotecaria, cantinera, antigua bruja y cómplice ocasional en mi misión por

recuperar la magia. Le había llevado un tiempo perdonarme por mi participación en el incendio de su vieja biblioteca, pero durante los últimos meses habíamos logrado recomponer las cosas; más a causa de su amor por un buen misterio que por mis patéticos intentos de disculparme. Se sentó, se colocó su larga trenza sobre el regazo para que no tocara los adoquines mugrosos y se reclinó sobre la mesa con una sonrisa cómplice.

—Tengo algo para ti —susurró.

—Espero que no sea otro tomo de doscientas páginas sobre historia enana. ¿Por qué esta vez no me haces un resumen?

—No te preocupes, esto es algo concreto. Tal vez. Oí a un par de clientes del bar que hablaban sobre comprar una roca de Hyluna.

—¿Y tú les creíste?

—Aún no lo sé, pero me dieron el número del sujeto que la vendía. Estaba pensando que podríamos invitarlo a venir aquí y averiguarlo nosotros mismos.

Estuve de acuerdo, y Eileen fue hasta el teléfono público para hacer una llamada. Había una roca de Hyluna en mi lista de artefactos robados. La semana anterior, había ido al apartamento de una anciana elfo a la que le habían robado una de la repisa de su chimenea.

Me distrajeran los ojos de los mendigos: miradas asesinas idénticas por encima de dientes apretados, mientras calculaban cuántos problemas les daría si decidían seguirme hasta mi casa. Tal vez fueran lo suficientemente respetuosos para no intentar nada allí mismo, pero una vez que me fuera de la relativa seguridad del tranvía, me convertiría en un blanco legítimo.

Les devolví la mirada sin parpadear, y yo mismo me puse a hacer algunas cuentas. Eran demasiado pobres para comprar pistolas, pero podrían haber adquirido alguna por medios menos legales. A pesar del incipiente clima primaveral, ambos llevaban chaquetas abultadas capaces de ocultar una variedad incalculable de armas. Si esperaba que hicieran su jugada, me convertirían en fiambre antes de que comenzara la pelea.

—¿Hermano Phillips? —Benjamin estaba de pie junto a mí con una jarra de té con leche y una pila de tazas—. Necesito saciar la sed de nuestros comensales. ¿Podría ocuparse de la freidora mientras tanto?

De mala gana, dejé mi mesa y la mirada de mis enemigos y me acerqué a la freidora gigante adosada al fondo del tranvía. Desde el mecanismo que había debajo de la sartén salía un tubo de níquel que llegaba hasta el farol más cercano y les robaba un poco de energía a las lámparas que iluminaban el cielo nocturno. Metí el cucharón en la cubeta, coloqué un poco de mezcla sobre la superficie, que comenzó a chisporrotear, y la observé pasar de baba líquida a torta crujiente de color tostado.

No tardé mucho tiempo en ponerme nervioso. Estaba perdiendo el tiempo cocinando sobras de comida en lugar de concentrarme en el trabajo que debía estar haciendo. Cuando Eileen regresó del teléfono, traté de llamar su atención, pero fue directamente a sentarse a sorber té con un hombre lobo sarnoso y ni siquiera miró en mi dirección. Quería preguntarle si su vendedor iría hasta allí y con quién se pensaba él que se encontraría, pero estaba abstraída en una conversación sin importancia y no se molestó en ponerme al corriente.

No había dudas de que Eileen era servicial y que me había salvado el pellejo varias veces, pero no entendía lo que se arriesgaba. Le gustaba jugar, pero yo estaba muy seguro de que ella no creía que pudiéramos ganar. Era algo para pasar el tiempo. Una forma de mantener alta la moral hasta que apareciera algo mejor. No era algo de vida o muerte. Ni para ella ni para nadie más. Solo estaba yo, el último verdadero soldado encargado de revertir el paso del tiempo.

—Se te está quemando, hermano Phillips —dijo Benjamin mientras tomaba una gran espátula y la deslizaba debajo de la torta—. Mejor darle la vuelta.

Hizo girar la torta y dejó a la vista el otro lado, ya ennegrecido.

—Disculpa.

—No hay problema. A los gnomos les gusta así. Dejaré esta aparte para ellos.

Avergonzado por haber fracasado en una tarea tan simple, dejé que Benjamin tomara mi lugar. Él le prestaba toda su atención a la sartén, rotaba las tortas, las presionaba y luego las apilaba sobre el plato con la concentración de un ladrón desactivando una trampa para osos.

Mientras movía la sartén, sus alas pendían sin vida de sus

omóplatos. Parecían pesadas: tenían unas espigas gruesas de cartílago unidas por unas membranas de piel seca, con hoyuelos y sin plumas, que se chocaban entre sí en un aplauso patético. En los últimos años, la mayoría de las criaturas voladoras había optado por hacerse amputar las alas. Sin la magia, tales extremidades no eran más que una carga. Los hermanos Son hacían caso omiso de semejantes costumbres y continuaban cargando con sus alas sin plumas como si nada hubiera cambiado.

“Bien”, pensé. “Al menos, algunas de estas criaturas no se dieron por vencidas del todo. Puede que no estén trabajando para arreglar las cosas como yo, pero cuando complete mi tarea, al menos estos hermanos podrán valorarlo”.

—Fetch, ya ha llegado.

Eileen me tomó del brazo y me hizo volverme hacia a un cíclope de bigotes. Tenía apariencia de marinero, alguien que solía ganarse la vida en el mar y que aún no se había adaptado a la vida en tierra firme. Llevaba botas grandes color pardo, unas cuantas bolsas de cuero colgando del cinturón y una chaqueta negra que habían impermeabilizado con cera de abeja, lo que le daba al sujeto el brillo liso y húmedo de una morsa.

—¿Buscan una roca?

Ambos asentimos con la cabeza. Claramente, Eileen disfrutaba haciendo el papel de una mercader de artefactos clandestina y peligrosa.

—¿Vamos a algún lugar privado?

El cíclope se encogió de hombros.

—Aquí estoy bien. Nadie se meterá con nosotros en el Pan del Mendigo.

Nos sentamos en una de las mesas, Eileen y yo de un lado, el cíclope del lado opuesto. Esperé que revelara la mercancía, pero solo dijo:

—Cinco hojas de plata. —Si hubiera estado bebiendo algo, le habría escupido todo el trago encima—. Son cien billetes de bronce si no tienes de los grandes.

—Puedo sacar la cuenta —dije, aunque nunca había tenido ocasión de contar tanto efectivo—, pero me parece un poco excesivo para una piedra inútil.

El cíclope refunfuñó.

—Si la queréis ver en acción, solo tenéis que pedirlo. Pero no habéis venido solo a ver un espectáculo, ¿verdad? ¿Tenéis la pasta?

Eileen sacó de la chaqueta un paquete envuelto en cuero. Dejó que el cíclope admirara su tamaño y luego lo volvió a guardar. Era muy meticulosa con sus acciones, como si realmente se tratara de una fortuna en bronce y no de un par de libritos envueltos.

—Está bien —dijo el marinero mientras sacaba una toalla de su manga—, más vale que te termines la taza. No querrás salpicar la mercancía, ¿verdad?

Eileen se bebió el resto del té y dejó la taza sobre una mesa vecina. El cíclope limpió la superficie de nuestra mesa, se desató una de las bolsas de cuero del cinturón y sacó un paquete de tela encerada. Lo abrió, y dentro había una pequeña piedra de color pardo completamente ordinaria.

Resistí el impulso de hacer algún comentario de desprecio, pues sabía que eso dejaría a la vista mi ignorancia. Eileen tomó la iniciativa.

—¿Puedo tocarla?

—Antes sécate las manos —dijo el mercader, y le entregó la toalla—. Asegúrate de que estén completamente secas.

Eileen obedeció y luego tomó la piedra.

—Pensé que sería más liviana —comentó.

El cíclope meneó la cabeza; aquella era una conversación que ya había mantenido cientos de veces.

—Solían serlo. Los enanos de antaño encantaban estas rocas para que sostuvieran a flote la ciudad de Hyluna: una plataforma resistente como el granito pero completamente imposible de hundir.

—Entonces, ¿por qué no la podemos mojar? —pregunté.

—Porque la Coda jodió todo eso. Cuando la magia desapareció, las piedras dejaron de flotar e Hyluna se fue al fondo del lago.

—¿Quieres sostenerla? —me preguntó Eileen.

Me restregué las manos con la toalla y ella dejó caer la piedra sobre la palma de mi mano. Era irregular, áspera y..., bueno, era una piedra. La piedra más piedruda que había visto en la vida. La apoyé sobre la mesa.

—Bien, es una piedra que no flota —dije—. ¿Llamamos a los periódicos?

El único ojo del cíclope me echó una mirada de soslayo.

—Tú eres el que quiere comprarla, ¿no es así?

—Disculpa —intervino Eileen—. Este es mi guardaespaldas. No me molesto en darle todos los detalles. Es un sujeto simple, y demasiada información le puede saturar la cabecita. Por favor, continúa.

El cíclope volvió a fijar su atención en la piedra y Eileen me sonrió con picardía. Si hubiera tenido esta reunión por mi cuenta, probablemente ya la habría cagado varias veces; tenía suerte de contar con una persona más amigable.

El cíclope alisó la tela que había debajo de la piedra, se lamió el dedo, se limpió el exceso de saliva en la manga y apoyó la punta del dedo contra la piedrecita. Luego se reclinó hacia atrás y dijo:

—Adelante.

Eileen volvió a tomar la piedra.

—Mierda. —Sujetó la piedra con los dedos y tiró, pero la piedra de Hyluna permaneció en su lugar—. Pesa mucho.

Ella se rio y quitó la mano para que yo lo intentara.

Supuse que podría tratarse de alguna clase de broma, como que todo aquello fuera una elaborada chanza estudiantil y que cuando yo fuera a levantar la piedra esperando que fuera pesada, me caería hacia atrás con una piedrecita común y corriente en la mano y todo el mundo se moriría de risa. Así que al principio tuve cuidado. Deslicé los dedos por el borde e intenté despegarla de la mesa. No se movió. La apreté con fuerza entre los dedos y tiré más y más fuerte hasta quedar inclinado hacia atrás sobre mi banqueta, pero la piedra se quedó pegada a la mesa como si alguien la hubiera clavado.

—¿Es un truco? —pregunté jadeando.

El cíclope lanzó una risita, disfrutando mi confusión.

—No hay truco, es solo una distorsión de la vieja magia sin magia.

Me puse de pie y realmente me esforcé por moverla. La piedra se deslizó hacia un lado y pude inclinarla un poco, pero no pude levantarla de la mesa por completo.

—Es increíble —dije—. ¿Cómo funciona?

—¿Yo qué sé? Cinco hojas de plata, lo tomáis o lo dejáis.

Sacó un encendedor de su bolsillo y sostuvo la llama sobre la piedra durante algunos segundos para evaporar la humedad, luego la envolvió de nuevo con la tela encerada. Dejó el paquete sobre la mesa para tentarnos.

Eileen arrugó el rostro, fingiendo estar pensándose. No teníamos el dinero para comprarla, por supuesto; solo estábamos recopilando información. Cuando el marinero vio que ella estaba perdiendo el tiempo, se encogió de hombros y tomó el paquete.

Le sujeté la muñeca.

—Dime de dónde la has sacado —le exigí manteniendo la voz baja.

—¿Qué haces? —Estaba más ofendido que asustado—. ¿Crees que he venido solo? Sigue y llamaré a mis amigos.

—Hazlo. También tengo preguntas para ellos.

La mano de Eileen se aferró a mi pierna por debajo de la mesa. Ese no era el plan.

—Fetch —dijo con un tono de advertencia.

—Dime de dónde la has sacado o me la quedo.

Nuestro invitado intento retirar la mano.

—Suéltame —me advirtió.

Yo tiré con más fuerza.

Tal vez la piedra no era nada verdaderamente especial, tan solo la sombra de un milagro que solía significar algo, pero podría seguir esa pista para llegar a algún lugar que tuviera importancia.

—Nunca antes había visto algo así —le dije—, y he estado buscando más detenidamente que la mayoría. Tal vez el tipo que te dio la piedra tenga algo más interesante que yo pueda ver. Si una respuesta sincera tuya me puede acercar a lo que quiero, no te soltaré el brazo hasta que me la des.

Ahora había verdadero temor en su mirada. Ya no estaba tratando de embaucar a un posible comprador, ahora quería sobrevivir un encuentro con un desquiciado.

—Esto es el Pan del Mendigo —dijo tartamudeando—. No te atreverías.

Una sonrisa trepó por mi mejilla sin afeitar.

—Estás sosteniendo magia, amigo mío. ¿Crees que la dejaré ir con tal de no perturbarles la cena a los demás? ¿Crees que me importa

mostrarme amable? ¿Después de lo que he hecho? No. Me atrevo a más de lo que te imaginas.

Eileen me soltó la pierna y se inclinó hacia atrás. O había percibido que yo le había hecho reaccionar o estaba demasiado asustada para tocarme. Probablemente, eran ambas cosas.

El cíclope asintió con la cabeza.

—Tengo un primo que viaja por los caminos comerciales —dijo—. Él mismo las trajo de Hyluna. Todo el lago se secó y las puedes recoger del fondo. Se trae una bolsa llena cada vez que va hasta allí.

Me incliné hacia él.

—Chorradas. Esto es robado. La sustrajo de la repisa de la chimenea de una viejecita de la calle Lark la misma pandilla de ladrones que estuvo robando piezas similares por toda la ciudad. ¿Quién te la dio?

El sujeto miró a Eileen con la esperanza de encontrar un oído más amistoso.

—Por favor. Estoy diciendo la verdad.

Él seguía hablando en voz baja; menos temeroso de mis puños que del hecho de que yo estuviera dispuesto a montar una escena. El negocio de aquel hombre requería cierto nivel de confidencialidad, y yo estaba arriesgando su reputación.

—Ya te lo he dicho —insistió—. Me la dio mi primo, pero... —Miró por encima del hombro. Le tiré el brazo para recuperar su atención.

—Pero ¿qué?

—Pero... sé de qué hablas. Los ladrones. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz todo lo posible—. Ve al Cúmulo.

Eileen y yo nos miramos, y el marinero aprovechó el momento para soltarse y ponerse de pie.

—La próxima vez que queráis una demostración, os vais al museo —dijo rugiendo para que lo oyeran todos a nuestro alrededor—. No concertéis una cita si no tenéis el dinero.

Volvió a meter el paquete en la bolsa de cuero y se alejó interpretando el papel del mercader ocupado que se sentía frustrado con nosotros por hacerle perder el tiempo. Si bien nos había dado una pequeña pista, me molestó la idea de que se llevara aquella piedrecita milagrosa.

Me volví hacia Eileen.

—¿Tú le crees?

—No lo sé. Supongo que tendremos que ir a ver.

El Cúmulo. Toda una manzana de puestos de venta y carros atiborrados de productos importados. El lugar perfecto para enviar a un par de insectos curiosos si deseabas quitártelos de encima.

—Iré tras él.

—¡Fetch, espera!

Pero yo ya me había levantado y forcejeaba para abrirme paso por entre las concurridas mesas. La calva del ciclope fue avanzando hasta llegar a la calle Principal, y me pareció que iba a doblar hacia el este. Pasé a empujones entre un grupo de enanos... y mis pies perdieron contacto con el suelo.

El ogro mendigo me giró en el aire. Me tenía aferrado de ambas solapas con sus dedos rechonchos y apoyó su rostro contra el mío.

—Mi amigo me ha contado algo sobre ti —gritó, y me roció el rostro con saliva con olor a cerveza—. Me ha dicho que trabajaste para el Ejército. Que cuando sucedió la Coda, tú estabas allí. Que fue culpa tuya.

—Si realmente fuera un buen amigo, te habría hablado sobre el trozo de espinaca que tienes entre los dientes. Permíteme que te lo quite.

Ya tenía la manopla lista y el punto débil del sujeto calculado. Mi puño golpeó su sien antes de que él percibiera mi movimiento. El ogro rugió de dolor y me soltó. Aterricé en cuclillas y le apunté a la parte inferior de la barbilla con otro ataque forrado de metal. Si golpeas a un ogro a mano limpia te puedes romper los dedos, pero las manoplas metálicas son muy eficaces a la hora de equilibrar la balanza. El mendigo se aferró a la mesa en busca de apoyo y agitó la cabeza para ahuyentar las estrellas de sus ojos.

El gnomo chismoso se metió la mano en la chaqueta para sacar algo. No esperé a ver de qué se trataba, lo pateé en el pecho y se cayó al suelo desde la silla.

Entonces, los brazos del ogro me rodearon la cintura. Me apretó como si intentara romperme la espalda, pero ya no era tan fuerte como habría sido en los viejos tiempos, y no había logrado sujetarme ni los brazos ni las piernas.

Yo no podía asestarle un buen golpe (se encontraba demasiado pegado a mí), pero mis codos no tuvieron problema en hacerse cargo. Le había marcado la sien con un corte que le sangraba, así que lo fijé como blanco y lo golpeé una y otra vez. Dejó caer la cabeza, así que le presenté mi rodilla a su barbilla, y luego le aticé un buen puñetazo, apuntado a la perfección, para apagarle las luces.

El ogro cayó hacia atrás, y los ojos de Benjamin, de Eileen y de varios comensales más intentaron hacerme sentir remordimientos. No funcionó. Tenía una pista semidecente sobre mi equipo de ladrones, y el corazón me latía desaforado.

—Vamos —le dije a Eileen, y marché en dirección al Cúmulo.